

# ¿Retorno al pasado o apuesta al futuro?

María Teresa QUIROZ

## 1. Introducción

El triunfo electoral del partido aprista en las recientes elecciones presidenciales del Perú ha suscitado múltiples interpretaciones. Tras 55 años de lucha por el poder (de los cuales se mantuvo cincuenta bajo la dirección exclusiva y patriarcal del jefe y fundador del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre), el partido aprista llegó al poder en 1985, esta vez bajo la dirección de un nuevo líder, Alan García Pérez. Buena parte de la memoria política de generaciones enteras está teñida por la presencia de esta organización, en el trajinar heroico durante sus primeros años de existencia en los cuales luchó en una primera etapa por un espacio cultural y moral (1920-1930), y político luego (1930-1939). Posteriormente se vio comprometido con el Estado y ciertas fuerzas a fin de garantizar su posibilidad de consagrarse en las urnas.

Desde diversas posiciones surgen preguntas que parcialmente y desde distintos enfoques muchos intentamos responder: El APRA que llega al poder en 1985, con Alan García, ¿es un APRA nuevo, juvenil, vigoroso que ha dejado de lado al viejo APRA que corría el riesgo de desaparecer luego de la muerte de Haya de la Torre? ¿Se trata de un cambio de estrategia política expresada en el tránsito del SEASAP<sup>1</sup> al "compromiso con todos los peruanos"<sup>2</sup>? ¿Plantea el APRA modernizada y actual de Alan García una ruptura con el pasado del partido, en términos ideológicos y organizati-

1. EL SEASAP ("Sólo el aprismo salvará al Perú") es uno de los lemas del partido, creado y sostenido casi desde su fundación.

2. El "compromiso con todos los peruanos" constituye la consigna propagandística más importante de Alan García durante la campaña electoral última.

vos, tratando de crear una imagen nueva, amplia y democrática, en contraste con la imagen autoritaria que la identificaba anteriormente? ¿Qué características revisite la actual convocatoria nacional del APRA? ¿Qué partido se ofrece al país y qué tipo de intervención social se demanda?

Preguntas todas ellas cruciales para quien pretenda pasar de la pura impresión epidérmica del último triunfo de este partido a una interpretación que dé cuenta de este fenómeno político. Algunas de ellas han empezado a ser respondidas a medias aunque se advierte una tendencia a seccionar la historia al no incorporar el hecho coyuntural del último triunfo político al interior de una reflexión que se produzca considerando la continuidad de los procesos culturales y políticos en el país. El Perú de hoy es indudablemente un país diferente al de la década de los 30, pero que aún no ha roto con sus tradiciones colonial y milenarista, arrastradas en su memoria histórica, e incorporadas en su desarrollo capitalista deformado. El facilismo interpretativo debe ceder a la búsqueda de respuestas que intenten atravesar 50 años de lucha política, comenzando a responder preguntas como: ¿qué empresa colectiva propuso el APRA originalmente, que logró ganar la confianza del movimiento social y enraizarse en la vida cotidiana de la población peruana?

Hay muchos caminos posibles para abordar algunas explicaciones. Los enfoques ideológico-programáticos más abundantes han pretendido dar cuenta de este fenómeno político a partir de lo expresado por el partido aprista en documentos y programas. Otros, que enfatizan su acción política y táctica en las diversas coyunturas han encontrado en los "compromisos" asumidos por el APRA un camino insoslayable a la conciliación con intereses anti-nacionales. Para algunos se trata de una historia de salvadores, mesías, de grandes personalidades que han guiado y conducido el sentir aprista: primero, Haya de la Torre; hoy, Alan García. Para otros se trata de optar por un camino complejo que implica adentrarse en la problemática de la hegemonía, el consenso y los

vehículos de comunicación y educación a través de los cuales ésta se conquista. Se trata de ubicar esta modalidad de lucha a través de la historia del movimiento social donde los comportamientos autoritarios y democráticos forman necesariamente parte de las contradictorias vicisitudes de las escuálidas instituciones civiles del Perú.



## 2. La hegemonía política y el consenso

La reflexión sobre la existencia y desarrollo del partido aprista nos remite a investigar los mecanismos con los que un movimiento político aspira a lograr puntos de encuentro con el movimiento social, a fin de consolidarse primeramente como una fuerza dirigente desde la sociedad civil, y luego en dominante, desde el Estado.

La conquista de la hegemonía política constituye un proceso de búsqueda del reconocimiento social, cuando no es pura dominación. Es el tránsito de una fuerza política que busca el apoyo del movimiento social para que su "proyecto", sus alternativas de orden, de participación (tipo de ciudadano), sean adoptados por las mayorías. Intenta convertirse en dirección política a partir de una propuesta ideológica, penetrando a través de la religión, el sentido común, la vida cotidiana. Su éxito consiste en lograr que en aquella manera implícita de pensar y sentir, que constituye el sustrato difuso y disperso del pensamiento, llamado sentido común, se vayan construyendo representaciones e identificaciones con el proyecto propuesto, incorporándose aspectos de éste a la memoria colectiva.

Los sujetos, los actores sociales de esta lucha por la hegemonía son los partidos políticos y específicamente los intelectuales de estos partidos, quienes se constituyen en los pensadores, ideólogos y mediadores de esta búsqueda. Así lo expresa Antonio Gramsci cuando señala que: *"Estas funciones son precisamente organizativas y conectivas. Los intelectuales son los 'empleados' del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalter-*

*nas de la hegemonía social y del gobierno político, esto es: 1) del consentimiento 'espontáneo' de las grandes masas de la población a la dirección impresa a la vida social por el grupo fundamental dominante, consentimiento que proviene 'históricamente' del prestigio (y por tanto de la confianza) que dan al grupo dominante su posición y su función en el mundo de la producción; 2) del aparato de coerción estatal que asegura 'legalmente' la disciplina de aquellos grupos que no 'consienten' ni activa ni pasivamente, pero constituido para toda la sociedad en previsión de los momentos de crisis del mundo y de la dirección, durante los cuales el consentimiento espontáneo se debilita" 3.*

3. GRAMSCI, Antonio.  
*Cultura y literatura*. Ed.  
Península. Barcelona,  
1972, p. 35.

Este trabajo de lucha por la hegemonía es complejo y contradictorio porque se inscribe en un país como el nuestro en cuya historia y desarrollo no se advierte un cambio lineal, sino varios caminos, y sinuosos todos ellos. Tan es así que, apenas a comienzos del presente siglo, interrogantes cómo: ¿quiénes somos, a dónde vamos? empiezan a constituir los ejes de los debates sobre la cultura nacional. La situación del hombre andino que reviste importancia particular en el Perú de los años '20 expresa la ausencia de identidad de proyectos nacionales y de una clase social capaz de centralizar y conducir.

Lograr el consenso social significa hacer verosímil una interpretación del mundo y una alternativa o un modelo político. En esa búsqueda, los intelectuales cumplen un rol importante. Son ellos quienes en su vinculación con la población encarnan al partido político y permiten que los dirigidos se alineen y acepten el programa propuesto como suyo.

La hegemonía política se construye en la lucha social, en el enfrentamiento ideológico, en el terreno moral, en la contienda política, en el campo cultural, en la vida cotidiana. El concepto de hegemonía política sirve para entender cómo una fuerza determinada construye una red de relaciones que permite que en la pugna de diversas pro-

ducciones de sentido el imaginario social de las mayorías sea recogido y logre reconocerse. Este camino podría permitir que la sociedad civil tenga primacía y se exprese posteriormente en la sociedad política (el Estado). Lograr el monopolio intelectual significaría agrupar bajo un proyecto común a las amplias capas de intelectuales. Sería garantizar el consenso frente a la coerción. La labor educativa desempeña en esta búsqueda de la hegemonía a través del consenso una función clave. Esta educación no es meramente la impartida a través del sistema educativo institucionalizada, sino además la que es transmitida por los medios de comunicación más importantes que introducen la posibilidad de comunicar vía la información y el entretenimiento las tradiciones, versiones e interpretaciones de la vida social, actualizadas.

La hegemonía no desplaza el conflicto: lo enfrenta principalmente por la vía del consenso y no de la coerción. Llegar a ejercer la función dirigente antes del acceso al Estado implica combinar, una vez en éste, tanto la dirección como el dominio.

Todo el esfuerzo de los años '20 por parte de Haya de la Torre se cristalizó en lograr la hegemonía sobre la élite de intelectuales inicialmente identificados mayoritariamente con José Carlos Mariátegui.

### 3. El Perú de 1930 y el Perú actual. Continuidad del proceso cultural y político

La historia peruana (y, en general, la historia social) posee un sentido de continuidad. Con mucha facilidad se tiende a marcar y delimitar etapas que intentan dar cuenta de ésta como compartimentos estancos. Referirse a la historia en forma parcelada revela una incomprensión de los nexos que vinculan los procesos, los modos de vida, los sentimientos y el sentido común.

Desde el punto de vista de nuestra memoria histó-

rica y del inconsciente colectivo se han ido conformando patrones de reconocimiento social y de intervención o exclusión que guardan relación con las particularidades de nuestra historia. El Perú es un país que en pleno siglo XX tiene presente el trauma de la Conquista y se enfrenta a situaciones que no liquidan etapas, sino que arrastran rasgos tradicionales de una sociedad que impone una conducta sometida, impersonal, sin derecho a la palabra y a la participación. La herencia colonial, presente de manera implícita a lo largo del tiempo republicano, se funda en la coerción estatal, en el dominio directo para asegurar la disciplina de aquellos grupos que no la consienten y de los que actúan pasivamente. Fueron la discriminación y la marginación la base del sistema de dominación impuesto por los españoles y asumido por los indígenas. La cultura indígena fue destruida en una cruzada que intentó acabar con el "sentir" indígena, es decir con su espiritualidad.

El régimen político que se instaló en el siglo XX, absolutamente excluyente de las mayorías peruanas, reprodujo la estructura colonial. Sería el Perú que se asoma en el presente siglo el que empezaría a sufrir ciertas transformaciones. En 1930 se vivió una primera gran crisis de dominio, crisis que se acercó al cuestionamiento de ciertas bases de la sociedad oligárquica que mantuvo absolutamente excluidos de la vida política y social no sólo a las amplias masas indígenas, sino a los nuevos sectores medios y urbanos que irrumpían buscando ganar un espacio económico y cultural. Así lo sostiene Jorge Basadre: *"... el aprismo surgió en una época en que habían crecido el tamaño y la importancia de las muchedumbres urbanas y en que se estaba acelerando con caracteres vastos el despertar de las clases medias, fenómeno típico de la vida sudamericana a partir de 1918 más o menos, incrementando progresivamente desde la primera post-guerra mundial y durante la depresión de 1919 (...) Coincidió con una época de crisis económica en que era grande el descontento de esas clases medias y populares. Las masas fueron disciplinadas y enfervorizadas por el nuevo movi-*

miento, como no había ocurrido antes, y sobre ellas basó el partido que se estrenó en 1931 su filosofía política..."<sup>4</sup>.

Durante los primeros 20 años de este siglo, el Perú fue un país con un poder político centralizado en ciernes, salvo el ejército, único poder nacional. La integración económico-social de carácter nacional fue sumamente débil, careciéndose de un mercado interno sólido. El campesinado se encontraba al margen de la vida política, social y cultural y mucho más aún de cualquier acción o influencia partidaria, aunque es posible considerar esta situación marginal como una forma de "presencia política".

El oncenio del presidente Leguía (1919-1930) aceleró ciertos cambios en la estructura económica, propiciando un incipiente desarrollo de la industria y del comercio, y una expansión económica y política del Estado, favoreciendo la vinculación con el imperialismo norteamericano. Se acentuó la expansión de los sectores medios ligados a las actividades de exportación y a los servicios de infraestructura, de transportes y comunicaciones.

La creciente importancia de la vida urbana fue transformando la propia percepción que los grupos sociales fueron adquiriendo sobre la nación, lo que fue imprimiéndole a la sociedad de 1930 una dinámica particular.

El rostro social del país fue cambiando. El intenso proceso migratorio contribuyó a acentuar las condiciones antes descritas. A partir de las migraciones de las dos primeras décadas de este siglo se incrementó el número de artesanos, lavanderas, anticucheras, barrenderos y, en menor medida, el de los trabajadores proletarizados. Estos sectores, muchos de ellos de procedencia rural, poseían profundas tradiciones agraristas y milenaristas, y eran susceptibles a una prédica de justicia y de convocatoria a la acción política: "... para hombres y mujeres, jóvenes o adultos, obreros, empleados o desocupados, el aprismo

4. BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú. Obras Completas*. Ed. Universitaria. Lima, 1970. Tomo XIV, pp. 136-137.

ofrecía la posibilidad de formar parte de una empresa colectiva, de intentar decidir sus destinos, de ser alguien y así enfrentarse contra una sociedad al interior de la cual se sentían dominados y menospreciados, que los llevaba a confundirlos con una 'ficha sin valor' ”<sup>5</sup>.

5. BURGA, Manuel, FLORES GALINDO, Alberto. *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Ed. Rickchay Perú, No. 8. Lima, 1979.

Se asiste a lo largo de las primera décadas de este siglo a un proceso de diversificación social y de surgimiento de movimientos intelectuales y políticos que buscan dar cuenta de estos sectores. La brutal exclusión en la que se basó el Estado colonial y posteriormente el republicano se expresan en las palabras profundamente aristocráticas de Alejandro Deustua, que intentan reproducir el pasado a través de una postura espiritualista: “... ¿Qué influencia podrá tener sobre esos seres (los indígenas) que sólo poseen la forma humana las escuelas primarias más elementales? ¿Para qué aprenderán a leer y escribir, la geografía y la historia y otras tantas cosas, los que no son personas todavía, los que no saben vivir como personas, los que no han llegado a establecer una diferencia profunda con los animales, ni tener ese sentimiento de dignidad humana, principio de toda cultura? ¿Por qué habrían de ser más felices con esas ideas que unos más no podrán hacer uso contra sus semejantes? Sólo un concepto intelectualista puede concebir la felicidad en esas condiciones ...”<sup>6</sup>.

6. DEUSTUA, Alejandro. *La cultura peruana*. Citado en: MOLINA, Guillermo, MONTOYA, Rodrigo, RONGAGLILO, Rafael. *Detrás del mito de la educación peruana*. DESCO. Lima, 1972.

Ante estos esfuerzos por revivir el pasado, los movimientos intelectuales de los años '20 se fundan en la afirmación y rescate de las fuerzas sociales existentes y en intentos por otorgarle reconocimiento y consistencia a una sociedad civil embrionaria. En este sentido, el partido aprista cumplió un rol importante como socializador de la política. Esta, que había sido monopolizada con carácter exclusivo por las clases dominantes, empezó a ser rescatada como un campo de disputa, como un espacio de expresión para el movimiento social, donde las denominadas “fichas sin valor” tendrían la posibilidad de empezar a ser reconocidas y a reconocerse. La política se convirtió en un terreno de acción donde las fuerzas políticas se disputaban el consenso.



Este marco de referencias permite entender el arraigo que un movimiento político como el APRA tuvo en la coyuntura política de 1930. En primer lugar, porque logró establecer un cierto monopolio intelectual, suscitando la adhesión de los sectores intelectuales democráticos que habían venido siendo convocados principalmente alrededor del trabajo y de las orientaciones de José Carlos Mariátegui. La propuesta aprista se convirtió en una alternativa para vastos sectores intelectuales que creían en la necesidad del cambio y que se adhirieron a la propuesta, en tanto ésta los diferenciaba del exclusivismo civilista que había gobernado la vida de los hombres de la época. Asimismo, porque dicha propuesta contenía principios educativos y pedagógicos propios que facilitaban la extensión de sus planteamientos. En segundo lugar, debido a que se desarrolló un nexo de naturaleza diferente con el movimiento social. Se le necesitaba y requería para garantizar un nuevo orden basado en la confianza en nuevos planteamientos. En otras palabras, se trataba de construir un consenso social y político que permitiese transitar de la dirección al dominio.

El Perú de hoy no es, indudablemente, el mismo. Quienes votaron por Alan García en las últimas elecciones son actores sociales distintos, pero unidos por esta tradición cultural que tiene expresiones en el orden simbólico, en la vida cotidiana, y en las propias concepciones. En la base de estos cambios se encuentra el distinto proceso productivo material que guarda relación estrecha con la vida cotidiana, en términos de los patrones ideológicos, culturales y organizativos.

La ampliación de los espacios económicos por efecto de la expansión del mercado, la transición y conversión de los campesinos en obreros-rurales y urbanos, la acelerada desintegración del mundo andino y su vinculación con la problemática urbana, conducen y replantean (en lo que aquí interesa analizar) las características de la conquista del consenso social por las fuerzas políticas en la década presente. Es decir, el tipo de consenso al que se aspira tie-

ne que ser cualitativa y cuantitativamente mayor ya que requiere del apoyo masivo de nuevos y emergentes grupos sociales, considerando que la multitud de posiciones que aparece requiere afinar las características de la convocatoria social y del proyecto colectivo. La rivalidad entre las fuerzas políticas de oposición es mucho mayor en los años '80 en contraposición con lo que ocurrió en los años '30, ya que todas las fuerzas compiten por el consenso.

El proceso descrito —que se inicia en los años 60— no significa, sin embargo, un proceso de integración ni de mayor coherencia en la evolución económico-social. En la actualidad, el Perú continúa profundamente segmentado, pese al crecimiento de los medios de información y comunicación que pretenden homogeneizar al público. No obstante, se advierten múltiples manifestaciones de búsqueda de identidad. La difusión de música "chicha" en nuestra capital es síntoma de ello: tentar la identidad en una Lima profundamente expresiva de los grupos y clases más diversas del país.

Por otro lado, el desarrollo más extendido de la industria en los años '60 no solucionó las incoherencias propias de la ausencia de un proyecto de convocatoria nacional en términos de empresa económica. Hoy se asiste, sin embargo, a la búsqueda de una legitimidad diferente. El APRA de los '80, sin Haya de la Torre a la cabeza, debía surgir con una propuesta que expresase fundamentalmente este rostro variadísimo que es el Perú: amplios sectores migrantes a la búsqueda de su propia identidad, un mundo andino en proceso de descomposición, una vida urbana cargada de informalidad, tanto en la economía como en la vida social.

La pugna por la hegemonía social en los años '80 presenta, por tanto, caracteres diferentes. Para el APRA no se trata solamente de vender una imagen distinta a la sectaria y "partidista" que había estado presente en la memoria peruana de los últimos años. El acceso al control de la sociedad política (el Estado) requería conquistar la con-

ciencia y el voto de un amplio sector de peruanos que participaban de experiencias políticas mucho más amplias de las que en los años '30 pudieron existir. Además, la presencia de una relativamente sólida propuesta de izquierda, al lado de posiciones de derecha diferenciadas no tanto por su ideología-programa, sino por su organicidad, complejizan el campo de las opciones políticas.

El partido aprista que empieza a reconstruirse luego del fracaso electoral de 1980 ha tenido que vincular el programa como mirada hacia el futuro con la memoria como experiencia histórica pasada.

#### 4. La propuesta autoritaria y el inconsciente colectivo. 55 años de aprismo

Tanto el partido aprista —que al fundarse desarrolló sus primeras acciones orientadas a ganar un espacio político y moral en primer lugar (1920-1930)— como el movimiento aprista de masas se insertaron y engancharon no sólo políticamente en las actividades económicas de los peruanos de esos años, sino que lograron convertirse en generadores de coherencia y estructuralidad de su vida cotidiana, otorgándole un lugar a la solución de las necesidades sociales, educativas, de salud, servicios y otras.

La incorporación de las masas a la actividad política significó no sólo la posibilidad de ingerencia en un campo de actividad social del que antes habían estado excluidas, sino que el partido aprista introdujo la política al interior de la vida cotidiana. Es posible afirmar esto a partir del tipo de organización que se construyó. Se organizó a la población en sus centros naturales de agrupación, no se les extrajo de sus formas espontáneas de existencia. Así, se organizaron sindicatos apristas de trabajadores por cada gremio, agrupaciones de obreros apristas, como parte de la organización económica menos vinculada orgánicamente. En cuanto a la estructura propiamente de partido, se agrupó a los militantes por célula de barrio o cen-

tro de labores. Se crearon las originalmente denominadas "Células hijos de", posteriormente (1933) identificadas como "Células residenciales", que reunían a los migrantes de las más diversas zonas del país residentes en Lima, y quienes mantenían lazos de origen y parentesco con sus coprovincianos. Las células de huarochiranos, yauyinos, huayinos, ayacuchanos, iqueños, puneños, tumbesinos, etc.<sup>7</sup>, mantenían relaciones permanentes con sus coprovincianos de origen, lo que garantizó una integración territorial significativa del partido. Otro nivel de organización sumamente importante, caracterizada como el "nivel social" por la propia dirigencia del partido, fue aquel dirigido a acentuar los sentimientos de pertinencia y necesidad del partido, en la medida en que éste atendía problemas de información y formación general, política y cultural y de servicios básicos como asistencia alimenticia, médica y jurídica. El partido aprista debía convertirse en esa gran familia unificada que ayudaba a resolver todo tipo de problemas. Así surgieron, por ejemplo, el Seminario de Oradores "Túpac Amaru" (de estudio y capacitación), la Secretaría de Asistencia Social y Cruz Roja (de ayuda social y médica), los Comedores Populares, Dispensarios Médicos, Taller Aprista de Costura, Bazar del Niño, Navidad para los Pobres, Brigadas deportivas, etc. Aparte de éstos se propuso, dentro de los planes de los diversos organismos, la creación, por ejemplo, de una Cooperativa de la Salud, una Dirección Económica de Regiones, Bancos, Cooperativas de Producción y Consumo. En la práctica se trató de construir desde la organización social una alternativa estatal para enfrentar al Estado.

¿Cuál es la naturaleza del partido al que hace referencia la estructura mencionada? En primer lugar, se trató de una primera etapa de la construcción de partido en la cual el APRA se situó en la sociedad civil, enfrentando al Estado existente. Lo que intentaba era asentar una hegemonía moral y social que crease las condiciones para dar posteriormente el salto por la vía electoral a un control del Estado. Luego plantearía una estructura de partido propia en la línea de lo que Julio Cotler ha llamado una "organización total"<sup>8</sup>, en la medida en que se inser-

7. Se ha detectado 40 "Células Hijos de" en 1931 y más de 80 "Células Residenciales" en 1933 representantes de los diferentes departamentos, provincias y distritos del país. QUIROZ, María Teresa. *El partido aprista y su organización: 1930-1933*. Tesis de Maestría. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1986.

8. COTLER, Julio. *Clase, estado y nación en el Perú*. IEP, Lima, 1978.

tase en todas las formas de vida de la población. El militante aprista debía serlo en la fábrica o el centro de trabajo, el barrio, o en la familia. Sin embargo, su vinculación con el movimiento social se realiza desde y bajo una concepción vertical y autoritaria.

*Vertical*, en la medida en que así define el partido aprista, en la práctica, su vinculación con el movimiento social. ¿Qué tipo de comunicación se produjo entre dirigentes y dirigidos y qué demandó el APRA de los dirigidos? La relación de los líderes con la masa en general y con la masa militante fue bastante compleja. Lograron poner a la masa bajo su influencia vinculando a cada sector social directamente con el partido, buscando solidarizar provincianos con provincianos, pequeño-burgueses con pequeño-burgueses, bajo los cánones de cada sector. No propugnaron eventos de masas como momentos de encuentro, confraternización y solidaridad, sino alrededor de los líderes y figuras del partido. El discurso de los dirigentes fue efectivista, buscando un apoyo incondicional de las masas, su aplauso y su pase a incrementar y fortalecer las filas del partido.

Sería incorrecto sostener que no hubo comunicación entre los líderes y la masa. El problema estriba en cuál fue la naturaleza de dicha comunicación. La dirección demandaba de las masas una respuesta fanática: que asintiera, aplaudiera, levantara pañuelos. Y la masa se sentía a gusto, se sentía bien, se reconocía, se identificaba con Haya de la Torre y los líderes del partido. Inclusive se sentía valorada, incluida en un proyecto social y político.

Sólo una visión histórica permite entender el contexto de esta relación que el APRA gesta sobre un eje vertical, pero que es percibida como una convocatoria a la acción. Ello es explicable porque en ese período se vivió el despertar de las masas ante la tragedia de la política oligárquica profundamente anti-popular y anti-nacional. Frente a ello, un partido como el APRA irrumpía como

una alternativa ante ansias insatisfechas, esperanzas traicionadas e iniciativas truncadas. Aún más, el pueblo peruano siempre había estado habituado a ser mandado, a obedecer sin saber por qué, a no oponer resistencia, a no participar en política, a la pasividad y exclusión total, propia y característica de la dominación oligárquica. Por el contrario, al sostener justas banderas sociales y al proponer un proyecto orgánico, el partido aprista se convirtió, fácilmente, en un partido con apoyo popular. Si a esto se añaden los ingredientes que se han reseñado sobre su vinculación con la vida cotidiana, es posible empezar a explicar el lugar que ocupó en la vida de los peruanos de aquellos años.

Por otro lado, la concepción es *autoritaria* porque el partido giró y se desarrolló bajo el manto protector de la figura de Víctor Raúl Haya de la Torre. Fundador y director de este proyecto, él constituyó —bajo la denominación de “Jefe”— el eje centralizador por excelencia de las acciones del Partido. Haya de la Torre fue presentado ante el pueblo peruano como el Mesías, el salvador, el hombre capaz de evitar la muerte y reconstruir la nacionalidad. Así lo expresan las siguientes palabras de Antenor Orrego cuando Haya de la Torre fue recibido el 26 de julio de 1931 en la plaza principal de Trujillo, a su llegada al Perú para participar como candidato del APRA en las elecciones presidenciales frente a Sánchez Cerro: *“Víctor Raúl (...), enarbolas la enseñanza de una generación beligerante, y marchan contigo la esperanza, la resurrección y la victoria de una nacionalidad en trance de muerte ... No te queremos ni por encima ni por debajo de tu responsabilidad misma. Ni superhombre, ni infrahombre, sino hombre pleno, con el corazón y con los pies bien plantados en la tragedia cotidiana de nuestra nacionalidad ...”*<sup>9</sup>.

El conjunto de la organización partidaria, las directivas, la orientación ideológica, programática y táctica dependían del asentimiento de Haya de la Torre. Era solamente él quien conocía todo lo que sucedía al interior

9. SANCHEZ, Luis  
Alberto. *Haya de la Torre  
o el político*. Ed.  
Atlántida. Lima, 1979.

del partido. Se le endiosó y fue presentado como aquél que había que cuidar y resguardar. Finalmente, él resumía al APRA. Como una muestra de ello véase parte de un artículo de periodistas de La Nación: *"Hablar con él más de cinco minutos es, necesariamente, un problema. Los secretarios consideran que dos o tres minutos son suficientes (...) Sin embargo, nosotros conseguimos para La Nación una buena media hora de 3 a 3:30 de la madrugada (...) La Jefatura está toda iluminada. En la puerta de entrada un "dorado" y un "búfalo" controlan nuestras tarjetas de citas expedidas por la secretaría privada. Subimos. En el hall y en la terraza se agrupan personas de diversa condición social. Las máquinas de escribir resuenan por la casa. La Jefatura no duerme. Es el aprismo vigilante e incansable que vela por el Perú ..."*<sup>10</sup>.



10. Diario aprista *La Antorcha*, No. 66, Lima, 25.10.33. Los subrayados son nuestros.

Esto constituye una muestra de las ideas que han venido alimentando la memoria histórica del APRA, la percepción que los grupos dirigidos han obtenido de este partido y que se ha procesado y reelaborado desde el lugar de las clases subalternas y de manera peculiar al interior de la familia. Ello explica que familias enteras fueran apristas y hayan ido transmitiendo de generación en generación la tradición heroica, de lucha, así como la historia de sus mártires y líderes. Por encima inclusive de las transacciones y compromisos que el APRA empezaría a manifestar desde 1939, pesa en la memoria histórica la vocación de lucha política de este partido, a pesar de su carácter exclusivo y excluyente.

## 5. El APRA, Alan García y la búsqueda del nuevo consenso social

Precisar las características del fenómeno aprista en la actualidad requiere desarrollar la idea de lo que esto significa al interior de la continuidad política que se ha intentado plantear en este trabajo.

Se ha hecho referencia al significado de los primeros años de desarrollo del partido, como una lucha desde la sociedad civil por ganar un espacio, reconocimiento y legitimidad frente al Estado opresor y autoritario. Esta situación, sin embargo, no se mantiene a todo lo largo de la historia del partido. En 1939, el APRA prometió, a través de un comunicado público del Comité Ejecutivo Nacional, no conspirar más y utilizar solamente los caminos legales (electorales) para poder acceder al Estado. Repetidas frustraciones le impidieron llegar al gobierno (1931, 1936, 1939). A partir de 1939, el partido inició una política de compromisos y entrismo. Es decir, pasó a comprometerse con ciertas instituciones de la sociedad política, participando, por ejemplo, en el Parlamento (que expresa la unión de la fuerza con el consenso) y pasó a sacrificar muchos de sus planteamientos y propuestas originales. Queda para la memoria histórica de muchos sectores la imagen de un partido lleno de transacciones y conciliaciones y que impuso sus planteamientos por la fuerza (los búfalos y matones).

El partido aprista que llegó en la persona de Víctor Raúl Haya de la Torre a la presidencia de la Asamblea Constituyente en 1979 fue un partido profundamente desgastado. Muchos analistas y políticos apostaron a su próxima descomposición y desaparición, planteamiento que nuevamente expresaría una interpretación de los fenómenos culturales y políticos con un lente coyunturalista.

Indudablemente, en 1979 —y aún más en 1980, y luego de la muerte de Haya de la Torre— el APRA asistió a una alta expresión de su crisis, que venía de años atrás. El sectarismo y exclusivismo se habían acentuado, al lado del autoritarismo y verticalismo. El partido no había sido capaz de renovarse, no aparecían nuevos líderes, la juventud parecía no existir. Había una crisis evidente de liderazgo. El APRA procesó una evaluación interna que se fundó principalmente en la toma de conciencia de que se había venido perdiendo legitimidad, confianza y apo-



yo social con esta política exclusivista y excluyente y que se podía empezar a "ganar" políticamente en la medida en que se abriese el espacio y se replantease la actitud con relación a un movimiento social más politizado que venía optando progresivamente por propuestas no derechistas y de oposición, pero sin una filiación definida. Una actitud de oposición y de centro, encarnada en un nuevo líder que recogió renovadamente la tradición de la organización, se convirtió en la "carta" que apostó al triunfo. En un país como el nuestro, a falta de una población con posiciones clasistas definidas, el espacio nacional y popular sumamente móvil y cambiante explica los cambios en la opinión política que se advierten.

La evaluación que procesó el APRA empezó a dar sus frutos en 1982 cuando el partido democratizó su imagen ante el público con la aparición de un líder con una posición unitaria y con un aparato de partido que lo respaldaba. Las sucesivas elecciones internas realizadas públicamente darían cuenta de dicha situación. Alan García encarna la modernización del APRA, y la amplia convocatoria, buscando y ofreciendo un compromiso con todos. Busca y facilita una imagen no sectaria, no propone consignas de lucha y pugna contra las otras fuerzas, sino de unidad y renovación. Se puede comprobar que existe espacio para una propuesta de este tipo, aunque no necesariamente sea duradera. Ha existido y se mantiene hoy en día una enorme expectativa por una figura dirigente que representa al país, que convoque a los más.

Las características de la convocatoria nacional que realiza Alan García en 1985 difiere en algunos aspectos de la que realizara Víctor Raúl Haya de la Torre en 1931, aunque no constituye una ruptura con la línea general del aprismo, que no convoca a la organización independiente de la población. Al contrario de Víctor Raúl, se demanda no sólo colaboración sino también acción: *"Necesitamos del obrero, del campesino, del joven que tiene en sus manos el futuro y la esperanza, de la madre que sabrá defender al niño, del pueblo en su conjunto*

11. Discurso de Alan García frente al local de su partido, inmediatamente después de conocerse los resultados, extraoficiales, sobre el triunfo electoral. Diario *Hoy*, Lima, 15 de abril de 1985.

\* Agradezco la colaboración de Armando Luque.

(...) *No tenemos una convicción sectaria o cerrada, sino que llamamos a todos los peruanos ...*"<sup>11</sup>. El nosotros de los tiempos de la derrota de 1931 ha variado. Hoy, el nosotros implícitamente engloba a los "compañeros", el APRA, pero además a todos los peruanos sin excepción. Definitivamente, Alan García se está apoyando en un nosotros muchísimo más amplio que el de Víctor Raúl. \*

Alan García ha puesto en marcha una cierta maquinaria institucional que pretende enfrentar el autoritarismo. Sin embargo, carga tras de sí con la tradición de partido y con un movimiento de masas cuya experiencia política en los últimos años lo ha convertido en concededor de lo que significa "pasar a la acción". Hay de por medio un cierto temor del APRA a estas posibilidades del movimiento social. Por lo general tanto, será el propio movimiento de masas el que dejará sentadas las condiciones de su participación.

Otro problema que se halla en el sustrato de las posibilidades de acción nacional del partido aprista es el siguiente: Alan García y su equipo controlan el gobierno, aunque no el Estado. Esto constituye un problema de difícil tratamiento ya que tanto las Fuerzas Armadas como el Poder Judicial conservan su relativa independencia. Toda tentativa de instrumentar acciones de carácter nacional choca necesariamente con esta limitación. ¿Qué puede ocurrir si no se gana la justicia institucional? ¿Qué puede ocurrir si al lado de un proyecto de pacificación se mantiene una conducta cuestionadora por parte de las Fuerzas Armadas? ¿Qué puede ocurrir si la convocatoria a la población no permite su participación libre e independiente, fiscalizadora y activa? Sólo los próximos meses podrán aclarar estas incógnitas.

Lima, noviembre de 1985.